

MEDEA

ARGUMENTO

El tema fundamental de esta tragedia es la venganza de la esposa de Jasón, Medea, que hace perecer a la nueva mujer de aquél y da muerte, en presencia de su marido, a los dos hijos de ambos. Está, como las anteriores, inspirada en la de Eurípides, que lleva el mismo título, si bien parece más influenciada por una tragedia, desgraciadamente perdida, de Ovidio, con quien Séneca, en ésta y en otras de sus tragedias tiene muchos puntos de contacto.

Su asunto, expuesto sucintamente, es el siguiente: Medea, famosa, encantadora, refugiada en Corinto con su marido y sus dos hijos, desesperada ante el anuncio de la próxima boda de su esposo Jasón con Creusa, la hija de Creonte, rey de Corinto, desterrada del reino por Creonte, decide vengarse de la manera más terrible, del infiel esposo, a quien antes había ayudado en la conquista del vellocino de oro. Para conseguirlo solicita y obtiene un plazo de un día — antes de salir para su destierro —, con objeto de despedirse de sus hijos. En este lapso de tiempo, mantiene una entrevista con Jasón y le propone que huya con ella; él no accede, ni tampoco le otorga el derecho de llevarse con ella a sus dos hijos, porque él los quiere tanto que no sabría estar separado de ellos. En este profundo amor de Jasón por sus hijos encuentra Medea el medio más cruel de vengarse de su marido.

Pero antes empieza su venganza por Creusa a quien, como regalo de boda, envía un manto y unas alhajas infectas de venenos, que producen en la desposada unas llamas inextinguibles, que no sólo la abrasan a ella, sino a su padre cuando intenta auxiliarla. Después Medea degüella a sus hijos a la vista de Jasón y del público, (contraviniendo en esto al decoro de la escena y al precepto de Horacio¹). Termina la obra con la huida de Medea y de su nodriza consumada su venganza, a través del espacio y en un carro mágico tirado por dragones.

¹ NE PUEROS CORAM POPULO MEDEA TRUCIDET. (Epístola ad Pisones, verso 185.)

El personaje central y destacadísimo de la obra es Medea, a quien Séneca ha dado una importante personalidad.

El papel de Jasón es más simpático y original que en el de Eurípides. Los coros son favorables a Jasón y a Creusa, siendo uno de los más notables aquel en el que el autor pone en boca del Coro la predicción poética, de que llegará un día en que un inmenso territorio aparecerá tras los mares y Tule no será la última de las tierras. Predicción que se ha visto cumplida, con el descubrimiento de América.

PERSONAJES

MEDEA
NODRIZA
CREONTE
JASÓN
MENSAJERO
HIJOS DE MEDEA

CORO DE SOLDADOS Y SERVIDORES DE CREONTE

La escena en Corinto ante la casa de Medea.

MEDEA

Medea. — ¡Dioses conyugales, y tú, Lucina, guardiana del tálamo nupcial, y tú, que a Tifis enseñaste el arte desconocido de dirigir el navío, domador futuro de los mares, y tú, feroz señor de la mar profunda, y tú, Sol, que repartes por todo el mundo la claridad del día, y tú, triforme Hécate, que prestas tu cómplice luz a misteriosas ceremonias, y vosotros, dioses, a quienes especialmente le es lícito a Medea dirigirse en sus invocaciones; caos de la eterna noche, reinos opuestos a los de arriba; manes impíos, y tú, señor del sombrío imperio, y tú, su amante, robada por un más fiel amante¹ bis, a todos os conjuro con mis siniestras imprecaciones! Asistidme ahora; ayudadme, diosas vengadoras de los crímenes, de cabellera desaliñada, crizada de víberas, que blandís en vuestras sangrantes manos, la lúgubre antorcha, asistidme; tan horribles como antaño os presentasteis en mi himeneo. Dad la muerte a su nueva esposa², la muerte a su suegro, y a toda la real estirpe, y a mí, dadme un mal peor que la muerte, que pueda imprecicar contra mi esposo, que viva, que vague errante, mendigando por ciudades desconocidas, desterrado, aterrado, odiado, sin hogar seguro; que me desee como esposa, que llegue hasta el umbral extranjero, como huésped sobradamente conocido, y ya que no puedo lanzar peores imprecaciones, que engendre hijos semejantes a su padre e iguales a su madre. Mi venganza está ya conseguida: he tenido hijos. Pero exhalo en vano estas quejas y pronuncio estas palabras últimamente. ¿Por qué no voy a atacar a mis enemigos? Arrancaré a los manes las antorchas, y al cielo su claridad. ¿Y ve esto, el Sol, creador de mi raza³, y se deja contemplar y recorrer cómo de costumbre, sentado en su carro, los espacios serenos del cielo? ¿Y no retrocede al lugar donde ha nacido? ¿Y no desanda el camino del día? Concédeme, concédeme, ser transportada a través de las nubes en tu carro paternal; confíame las rien-

¹ bis. Alusión a Plutón, más fiel amante éste que Jasón.

² Creusa, la hija de Creonte.

³ Medea era hija de Hipsea y de Eetes, hijos del Sol.

das, ¡oh padre mío! y permítome dirigir con las ardientes bridas los igníferos corceles. Corinto, que presenta a los dos mares el obstáculo de su doble orilla, será abrasada por estas llamas y permitirá que se reúnan las aguas. Sólo me resta ser yo misma quien lleve la tea que precede al cortejo nupcial, y después de las preces de la ceremonia inmole en el altar las víctimas destinadas al sacrificio. En sus mismas entrañas trata de abrirte camino a tu venganza, alma mía, si estás viva, y si aún te queda una sombra de tu antiguo vigor, desecha tus temores femeninos, y reviste tu espíritu de toda la ferocidad de los habitantes del Cáucaso. Todos los crímenes que presenciaron el Ponto o el Fasis, los verá también el Istmo. Males feroces, inauditos, horrorosos, espantosos, tremebundos, tanto para el cielo como para la tierra, son los designios que se agitan en mi cerebro: heridas, muertes, miembros esparcidos, para que sus exequias sean más difíciles. Pero son demasiado leves esos crímenes, que ahora menciono. Todo ello ya lo hice cuando era doncella; es necesario que mi venganza tenga más altura, y sea todavía más terrible, y esté más en consonancia conmigo misma, ahora que ya he sido madre. Ármate, cólera, y prepárate a aniquilar con un furor absoluto. Que de tu repudio se haga un relato semejante al de tus bodas ¿cómo abandonarás a tu esposo? Lo mismo que le seguiste. Pon término a tus cobardes, perezosas dudas: llegaste a esta casa con un crimen, pues con un crimen debes abandonarla.

Coro. — Que a los regios himeneos asistan con voluntad de feliz presagio los dioses que reinan en los cielos, y los que reinan en los mares y que a ellos asimismo acuda una muchedumbre henchida de religioso recogimiento. Que ante todo a los soberanos dioses del Trueno un toro de blanca grupa, vaya a llevar su testuz erguido, y su hembra, de nivea piel, y que jamás haya soportado el yugo, aplaque a Lucina y a la que retiene las ensangrentadas manos del cruel Marte, y a la que dicta la paz a las naciones beligerantes; la que en su cuerno de la abundancia encierra la riqueza, recibirá, puesto que es más mansa, una víctima más tierna. Y tú, que favoreces las uniones legítimas, tú, cuya diestra propicia dispersa las tinieblas, avanza hasta aquí, con tu andar pesado por la embriaguez, y con las sienes ceñidas con guirnalda de rosas⁴. Y tú, lucero que presides la partición media del tiempo, y vuelves siempre demasiado lentamente para el deseo de los amantes, a quien las madres y nueras ansían ver cuando antes, difundiendo tus luminosos rayos.

La beldad de esta doncella sobrepasa por mucho a la de las hijas de Cécrope, y la de las jóvenes de la ciudad sin

⁴ La Paz.

murallas⁵ envía a ejercitarse, a la manera de los donceles, y la de las doncellas que se bañan en las aguas del Aonio, o en las del sagrado Alfeo. Si ella quisiera dejarse ver en su belleza por el jefe Esonio serán vencidos tanto el hijo del rayo violento, como el que sujeta los tigres a su yugo, y que hace mover los tripodes, el hermano de la virgen montaraz⁶. Vencerá también a Pólux, con su hermano Cástor, más apto aquél para la lucha. ¡Yo os suplico, habitantes de los cielos; yo os pido, que esta mujer venza a todas las esposas, como su prometido aventaja a todos los esposos! Cuando ella aparece en medio del coro de mujeres, su semblante resplandece más que el de todas las demás juntas. Lo mismo que el sol hace desaparecer la claridad de las estrellas, y la densa tropa de las Pléyades se esconde, cuando Febo junta sus cuernos encorvados en un disco que brilla con luz prestada, lo mismo que el niveo color teñido de púrpura venicia se enrojece, y así el astro brillante se aparece al nacer el día al pastor, húmedo del matinal rocío!

Arrancado al himeneo horrible de la hija de Fase, tú que estabas habituado a apoderarte temblando, y a pesar tuyo, del cuerpo de esa esposa frenética, apodérate con felicidad de la virgen eolia, (y recibe) por primera vez (en esponsales, una mujer) con el agrado de sus padres. Vosotros, jóvenes, entregaos a los juegos y bromas que permite este día; entonad por doquiera vuestros cantares; rara es la ocasión de usar contra los amos una licencia legítima. Un hijo radiante de Lido es el que lleva el tirso. Hora es ya de encender las antorchas de múltiples puntas, y la tea solemne del pino rajado. Que el fescenino mordaz difunda sus festivas bromas; que la muchedumbre se abandone a sus jocosos dichos; y que silenciosamente y en las tinieblas, se aleje la que se desposó fugitiva con un marido extranjero.

MEDEA. — LA NODRIZA

Medea. — ¡Estoy perdida! A mis oídos ha llegado el canto del himeneo, y yo apenas, sí, apenas, todavía, yo puedo creer en tamaño desgracia. ¿Cómo Jasón ha sido capaz de hacer esto? Después de haberme arrancado del lado de mi padre, de haberme sacado de mi patria, de mi reino, ¿cómo, el cruel, ha podido abandonarme sola en extranjero suelo? ¿Ha despreciado mis méritos, él, que me ha visto triunfar por mis mal-

⁵ Esparta.

⁶ El padre de Diana, Febo.

dades, del fuego y del mar? ¿Está, pues, tan seguro de que todos mis maleficios se han acabado? Incierta, enloquecida, me dejo llevar por mi delirio a todas partes ¿dónde puedo encontrar mi venganza? ¿Por qué no tendrá un hermano? Pero, tiene una esposa: contra ella he de esgrimir mis armas. Pero, ¿será bastante para dar satisfacción a mi venganza? Si hay un crimen conocido de las ciudades pelasgas o bárbaras, e ignorado por tus manos, tienes que prepararte ahora a cometerlo. Que tus propios crímenes te aconsejen, que vuelvan todos a tu memoria; el famoso tesoro de nuestro reino robado, el pequeño compañero⁷ (de mi huida) descuartizado sin compasión con mi espada de doncella, y su cadáver arrojado ante su padre y su cuerpo esparcido por las aguas; los miembros del viejo Pelias, cocido en la caldera de bronce; ¡cuántas veces en mi criminal impiedad he vertido sangre funesta! y sin embargo, ninguno de mis crímenes fué cometido por odio: fué mi amor desgraciado el que me hizo cruel. Pero, no obstante ¿qué podía hacer Jasón, sometido al poder y a la voluntad de otro? Hubiera debido presentar su pecho a la espada. ¡Oh resentimiento mío, habla mejor, sé más justo en tu furor!

Si es posible, que Jasón viva, para que vuelva a ser mío, como lo fué: si no, que viva de todas maneras, y que guardando el recuerdo de mis favores consumase por mí. La culpa recae toda entera sobre Creonte, quien abusando de su cetro ha roto nuestro himeneo, ha privado a mis hijos de su madre, y ha destruído los fieles lazos que habían afianzado estrechamente estas prendas. Es el único a quien hay que atacar. Que expie sus culpas como merece. Haré de su casa un enorme montón de cenizas y el negro remolino de humo que suba de sus ascuas, se verá desde el cabo Maleo, que impone a los navíos tan largo rodeo.

Nodriza. — Calla, te suplico: guarda tus quejas y sepúltalas en el fondo de tu corazón pleno de resentimiento. El que sabe hasta el final soportar con paciencia, y sin decir palabra, una grave herida, es el que se pone en condiciones de contestar a ella. La cólera disimulada, es la que hace daño; los odios que abiertamente se declaran, pierden la oportunidad de vengarse.

Medea. — Leve es el rencor que puede hacer cálculos y emboscarse; los grandes males no pueden encubrirse. He decidido lanzarme al ataque.

Nodriza. — Detén, criatura, ese insensato espíritu; apenas sí con el silencio y la calma podrás defenderte.

⁷ Absírto, hermano de Medea, y a quien ella en su fuga mató y despedazó, arrojando sus miembros por el camino para retardar la persecución de su padre Eetes.

Medea. — La fortuna teme a los valientes y acucia a los cobardes.

Nodriza. — El valor es únicamente laudable cuando encuentra la ocasión de demostrarse.

Medea. — El valor no puede menos de encontrar esta ocasión.

Nodriza. — A tu infortunio no le queda ninguna esperanza, ningún medio de salvación se presenta a tu tribulación.

Medea. — Cuando ya no se tiene ninguna esperanza, es cuando menos se debe desesperar.

Nodriza. — Colcos está muy lejos, no puedes, en modo alguno, contar con la fidelidad de tu esposo, y de todos tus recursos, no te queda ya nada.

Medea. — ¡Me queda Medea y con ella el mar y la tierra, y el hierro y el fuego y los dioses y el rayo!

Nodriza. — ¡Un rey es de temer!

Medea. — Mi padre también fué rey.

Nodriza. — ¿No temes sus armas?

Medea. — No, ni aun cuando salieran de la tierra.

Nodriza. — Morirás.

Medea. — Lo deseo.

Nodriza. — Huye.

Medea. — He tenido que arrepentirme de haber huído.

Nodriza. — ¡Medea...!

Medea. — ¡Lo seré!

Nodriza. — ¡Eres madre!

Medea. — ¡Sí, ya ves para quién!

Nodriza. — ¿No te decides a huir?

Medea. — No. Huiré pero después de haberme vengado.

Nodriza. — Te perseguirán para castigarte.

Medea. — Quizá encuentre con que entorpecer la persecución.

Nodriza. — Pon freno a tus palabras, cálmate, insensata; da tregua a tus amenazas, baja de tono tus audaces pensamientos, conviene plegarse a las circunstancias.

Medea. — La fortuna puede privarme de mis recursos; pero no de mi valor. ¡Ah! ¿quién hace chirriar los goznes de la puerta de palacio? ¡Es el mismo Creonte, tan orgulloso, porque reina sobre los pelasgos!

CREONTE. — MEDEA. — NODRIZA. — CRIADOS DE CREONTE

Creonte. — (Hablando para sí.) Medea, criminal hija de Eetes de Cólquida, ¿no pone todavía sus pies fuera de mi reino? Algo está maquinando: conozco su perfidia, conozco

su mano. ¿A quién perdonará? ¿A quién dejará tranquilo? Realmente ya me estaba yo preparando para extirpar, lo antes posible, con la espada esta execrable plaga, pero mi yerno con sus ruegos me ha vencido, y le he perdonado la vida, pero con la condición de que libre a mi país de su inquietante presencia y se marche segura. (*Viéndola llegar.*) Pero, he aquí que se adelanta hacia mí altiva y amenazadora, y como queriendo hablarme de cerca. Esclavos, impedidle que me toque; evitad que ni siquiera se me acerque; ordenadle callar. Que aprenda por lo menos una vez a someterse a las órdenes de un rey. Vete; huye de prisa, y aléjate de aquí, monstruo horrible y espantoso.

Medea. — ¿Qué crimen o qué culpa se castiga en mí con el destierro?

Creonte. — ¡Esta inocente mujer me pregunta la causa de su expulsión!

Medea. — Si procedes como juez, infórmate; si como tirano, ordena.

Creonte. — Justa o inicua debes someterte a una orden del rey.

Medea. — Jamás duró mucho tiempo una realza inicua.

Creonte. — Ve a quejarte a Colcos.

Medea. — Sea; vuelvo allí; pero que me llevé el que me traje.

Creonte. — Tu reclamación llega demasiado tarde; mi resolución ha sido ya decretada.

Medea. — Quien resuelve sobre algo sin haber oído a una de las partes, aunque su decisión fuera justa, falta a la justicia.

Creonte. — ¿Fué después de haberle escuchado, cuando sometiste a Pelias al suplicio? Pero, habla, demos a tu noble causa una ocasión de defensa.

Medea. — ¡Cuán difícil sea desviar de la cólera a un alma ya de antemano sobrec excitada, y hasta qué punto considera prerrogativa regia el que empuña con mano soberbia el cetro, persistir en la vía que se ha trazado, verdades con que aprendí en mi propio palacio! Pues por muy abrumada que esté por mi lamentable infortunio, aunque me presente suplicante, sola, abandonada y por doquier cercada de aflicción, no por ello brillé menos antaño por el resplandor de mi ilustre nacimiento y de mi abuelo, el Sol, arranca mi glorioso origen.

¡Todo el territorio que el Fasis riega a lo largo de sus tranquilos meandros, todo cuanto a sus espaldas deja el Ponto escítico; allí donde las marismas endulzan las aguas amargas de los mares, toda aquella región que llenan de terror las cohortes de las mujeres sin varones, armadas de escudos y rodeadas por las aguas del Termodonte, he aquí lo que mi padre tiene bajo su imperio! Noble, feliz y poderosa, brillé

con todo mi regio esplendor. Entonces aspiraban a compartir mi tálamo pretendientes, que hoy, a su vez, son pretendidos. La fortuna inconsciente, ligera y precipitada, me arrancó del trono y me envió al exilio. Fíate, pues, del poder, cuando el azar caprichoso zarandea a su antojo el poderío mejor cimentado.

El bien magnífico e inmenso que poseen los reyes, sin que nada jamás pueda arrebatárselo, es el de poder ayudar a los desgraciados y dispensar a los que les suplican la fiel protección de un seguro hogar. He aquí todo lo que saqué del reino de Cólquida: haber salvado personalmente la gloria ilustre, la más noble flor de Grecia, amparo de la raza aquea y descendencia de dioses. A mí se me debe este Orfeo, que con sus cantos ablanda las rocas, y lleva en pos de él los bosques; la divinidad gemela de Cástor y Pólux, así como también los hijos de Bóreas y Linceo que, incluso o través del Océano, ve sólo con un abrir y cerrar de ojos, los objetos lejanos; don mío son todas las Minias^s, pues no hablo del jefe de estos jefes, ya que por éste, nada se, me debe; no lo pongo en la cuenta de nadie; para vosotros traje únicamente los demás; éste, sólo para mí. Ahora, acúsame y acumula todos mis crímenes. Los confesaré; sólo de un crimen se me puede acusar: el regreso de Argos. Que doncella, como entonces yo era, le preferí a mi pudor y a mi padre: si no lo hubiera hecho, toda la tierra de los pelasgos, con todos sus jefes, habría sucumbido, y el primero de todos este tu yerno, que precisamente habría sucumbido al toro feroz, cuyo hocico lanzaba llamas. Sea la que quiera, la fortuna que pesa sobre mi causa, no me arrepiento de haber salvado aquello que constituía el orgullo de tantos reyes. Todo el premio que logré de mi mal proceder, en tus manos está. Si lo juzgas bueno, condena a la acusada; pero devuélvele lo que la hace criminal. Soy culpable; lo confieso, ¡oh Creonte!; pero tú sabías que lo era cuando abracé tus rodillas, cuando imploré como suplicante la leal protección de tu diestra tutelar; te pido todavía para mis miserias un rincón; un asilo, un humilde retiro: si te place expulsarme de tu ciudad, dame por lo menos un refugio en el lugar más recóndito de tu reino.

Creonte. — Que no soy ciertamente hombre capaz de llevar tiránicamente el cetro, ni de pisotear con pie soberbio a los miserables, creo haberlo probado con no escasa claridad al elegir por yerno a un exilado, abrumado de males y presa de horribles peligros; espantado, porque estaba amenazado de ser castigado y muerto a mano de Acasto, rey de Tesalia. Ya que

^s Recibieron este nombre los demás argonautas que salieron de Oromene, cuyo río se llamaba antes Minio.

éste se queja de que su anciano padre, anciano tembloroso, abrumado de años, haya sido muerto y luego su cuerpo despedazado, merced al pérfido ardid con que fueron engañadas sus hermanas y que les hizo atreverse, por piedad, a un crimen impío; Jasón puede, si separas tu causa de la suya, justificarse personalmente: ninguna sangre manchó su inocencia; su mano no ha empuñado la espada y quedó puro, porque permaneció fuera de vuestra conspiración. Pero tú, tú, instigadora de acciones detestables, tú, que por ser capaz de atreverte a todo, unes a una maldad del todo femenina, un vigor varonil y una falta absoluta de pudor, sal de aquí; purga mis reinos de tu presencia y llévate también contigo tus hierbas mortíferas; libra a mis conciudadanos de su miedo; vete a otro sitio a importunar a los dioses.

Medea. — Me obligas a ir al destierro. Devuelve entonces a la exilada su navío y devuélvele su compañero. ¿Por qué me ordenas que me vaya sola? No estaba sola cuando vine. Si temes afrontar una guerra, échanos del reino a los dos. ¿Por qué haces esa distinción entre dos cómplices? Por él, Pelias fué muerto, y no por mí; añade a esto mi huida, mis robos, mi padre traicionado, mi hermano descuartizado, en una palabra, todos los crímenes de que mi marido informa siempre a sus nuevas esposas: todo esto no tienes que imputármelo: pues si he sido culpable de todos esos delitos no fué jamás en interés mío.

Creonte. — Deberías haber salido ya de aquí: ¿por qué retardas tu partida con todos esos discursos?

Medea. — Antes de marcharme quiero dirigirte suplicante un supremo ruego: ¡que la culpa de la madre no recaiga sobre sus hijos inocentes!

Creonte. — Vete: yo los acogeré paternalmente en mis brazos, como si fuera su padre.

Medea. — Por los felices auspicios de este regio himeneo, por las esperanzas que para el porvenir promete, por el destino de los imperios, que la Fortuna inconstante zarandea con sus varias vicisitudes, te ruego que concedas a la que va a partir, una breve tregua: el tiempo de dar a mis hijos el último beso de una madre, que quizá pronto va a morir.

Creonte. — Solicitas esta tregua con vistas a alguna perfidia.

Medea. — ¿Qué perfidia puedes temer de mí en un lapso de tiempo tan corto?

Creonte. — Un malvado no tiene jamás demasiado poco tiempo para hacer daño.

Medea. — ¿Behusas, pues, a esta desgraciada un poco de tiempo para llorar?

Creonte. — Aunque el temor que se ha apoderado de mí

se resiste a tus ruegos, te concederé un solo día para prepararte al exilio.

Medea. — Excesivo plazo; puedes quitar una parte: yo misma tengo prisa por marcharme.

Creonte. — Serás castigada con la pena capital, si no has abandonado el Istmo antes de que Febo vuelva a traernos la claridad del día. Pero las ceremonias nupciales me reclaman y este día consagrado a Himeneo me llama a hacer mis oraciones.

Coro. — Demasiado audaz fué el primero que en un esquite tan frágil surcó las aguas pérfidas y que viendo huir tras él su ribera nativa, confió su vida a merced de los caprichosos vientos; atrás quedaron en su carrera aventurada los espacios marítimos; se atrevió a fiar en una leve tabla, línea de demarcación bien tenue trazada entre la muerte.

Nadie conocía todavía los astros y nadie se servía todavía de las estrellas de las que el cielo está tachonado; las embarcaciones no podían aún evitar las lluviosas Hiadas ni la constelación de la Cabra de Olene o el carro que sigue y dirige lentamente en la región de Arctos el viejo boyero; ni el Bóreas, ni el Céfito tenían todavía nombre. Tifis tuvo la audacia de desplegar sus velas por el vasto mar y la osadía de dictar a los vientos nuevas leyes, al extender entonces totalmente sus velas, buscando otrora no tomar más que en línea oblicua al Noto, largando las escotas, fijando alguna vez prudentemente sus vergas a medio mástil, izándolas otras veces hasta la cima, cuando el marinero demasiado ávido quiere aprovechar toda la fuerza del viento, y cuando en la punta de la arboladura tiemblan los rojos gallardetes. Nuestros padres vivieron en tiempos de inocencia, bastante alejados de todo fraude. Cada cual se contentaba pacíficamente con la ribera que bordeaba su propio país y envejecía en la tierra de sus antepasados, rico con poco y no comiendo otros tesoros que los productos del nativo suelo.

Por las leyes tan sabias del universo y la juiciosa separación de sus riberas, fueron destruidas por el acercamiento del navío hecho de pino de Tesalia; él obligó al mar a soportar sus golpes de remo y a convertirse en uno de nuestros temores, por su naturaleza misteriosa.

Duro fué el castigo del audaz navío, que corrió larga serie de peligros horrorosos, cuando de una parte a otra los dos montes que limitan el mar, hicieron oír de repente un ruido ensordecedor de trueno, y cuando el agua entre ellos salpicó las estrellas y las nubes.

Se vió palidecer el audaz Tifis, que dejó escapar el timón de su mano desfallecida; se vió a Orfeo mudo, su lira silenciosa y el navío *Argos* perdió él mismo la voz.

Y cuando la virgen del Peloro siciliano, cuyos flancos están

rodeados de una jauría, hizo resonar a la vez todos los ladridos de sus perros, ¿quién no se estremeció con todos sus miembros ante ese monstruo único de múltiples aullidos?

Y cuando las terribles criaturas encantaron con su voz armoniosa el mar de Ausonia, el tracio Orfeo cantó con su lira de Pieria y faltó poco para que no forzara a que le siguiese a la sirena que con sus cantos retiene ordinariamente a las naves en su marcha.

¿Y cuál fué el premio de semejante viaje? ¡El vellocino de oro y Medea, peste peor que el mar, digna recompensa del primer navío!

De ahora en adelante las aguas son vencidas y soportan la ley de todos: ya no es necesaria una *Argos*, fabricada por mano de Palas, ufana de llevar remeros de regia estirpe; la menor barca recorre el mar de todos; todos los linderos han sido removidos y las ciudades han levantado sus murallas sobre nuevas tierras: nada ha quedado en su primitivo lugar en el universo a partir de ahora, accesible enteramente: el indio bebe las aguas glaciales del Araxes; los persas, las del Elba y del Rin. Al cabo de los años vendrá un tiempo en el que el océano abrirá las barreras del mundo y en él se descubrirá una tierra inmensa; Tetis revelará un nuevo mundo y Tule no será ya entonces la última de las tierras*.

NODRIZA. — MEDEA

Nodriza. — (A *Medea*.) ¡Oh tú, a quien yo crié!, ¿adónde diriges tus pasos rápidos lejos de tu pecho? Detente, calma tus furoros, domina tu cólera. (*Aparte.*) Tal que una Ménade presa ya del dios y delirante, encamina sus pasos en su furor sagrado a la cima del nevado Pindo o a las crestas del macizo de Nisa, tal ella discurre de aquí para allá con descompasados andares, mostrando en su semblante todos los signos del extravío. Con el rostro inflamado, la respiración entrecortada y penosa, grita; de sus ojos sale un río de lágrimas; luego se serena y va dando muestras de los más variados sentimientos; duda, amenaza, se enardece, se queja, gime enfebrecida, do-

* *Veniunt annis saccula seris quibus Oceanus
vincula rerum laxet et ingens
pateat tellus Tethysque novos
detegat orbes, nec sit terris ultima Thule.*

Repetidos y conocidísimos son estos versos, que a los españoles no pueden menos de sernos muy gratos: un español profetizó, pudiéramos decir el descubrimiento de un ingente territorio (*Ingens tellus*), un inmenso continente que la Providencia divina, andando los años, puso ante las quillas de las carabelas de otro español.

lente, gemebunda. ¿Dónde descargará la tormenta de su alma? ¿adónde irán a parar sus amenazas?, ¿dónde se quebrará ese oleaje? Su furia se desborda; no es un crimen vulgar ni mediocre lo que está meditando: se superará a sí misma; conozco las muestras anteriores de su cólera. A juzgar por el semblante demudado y enfebrecido que le veo, amenaza algo inhumano, inmenso, impío. ¡Ojalá los dioses engañen mis presentimientos!

Medea. — (*Aparte.*) Si buscas, desgraciada, hasta dónde ha de llegar tu odio, amóldalo con el amor. ¡He de soportar yo, sin venganza, la vista de este himeneo real! ¡Dejar yo transcurrir en la inacción este día pedido y obtenido con tanta insistencia!

Mientras la tierra se mantenga en equilibrio con el cielo, mientras el firmamento rutilante desenvuelva la regulada alternativa (de sus astros), mientras las arenas de los mares sean incontables, mientras en pos del sol siga el día y la noche en pos de las estrellas, mientras el polo presente las Osas siempre medrosas del mar, mientras los ríos desemboquen en el mar, jamás mi furor de venganza cesará, y por el contrario, se acrecentará siempre.

¿Qué salvaje fiera, qué Escila, qué Caribdis, absorbiendo las aguas de Ausonia y de Sicilia, qué Etna, abrumando con su peso a un Titán jadeante, podrían apagar tales ardores? Ni un río impetuoso, ni un mar enfurecido, ni el Ponto temible, agitado por el Coro, ni la violencia de las llamas, avivadas por el viento, serían suficientes para desviar el impulso amenazador de mi cólera. Derribaré todo, lo asolaré todo. ¿Temió él a Croonte y a las armas del rey de Tesalia? El amor verdadero no puede temer a nadie; además, aunque se hubiera visto obligado a ceder a la fuerza y hubiera tenido que rendirse, por lo menos habría podido venir a su esposa para hablarle una última vez. ¿Temió también el orgulloso Jasón, solicitar y obtener como yerno del rey un aplazamiento al momento de mi cruel exilio? Se me ha concedido un solo día para dos hijos. Pero no me quejo de la brevedad del plazo, es mayor de lo que hará falta; este día consumará, sí, consumará algo que para siempre será inolvidable: Atacaré hasta a los dioses y lo trastornaré todo.

Nodriza. — ¡Oh ama mía! Serena tu espíritu que las desgracias han alterado y calma tu resentimiento.

Medea. — No tendré reposo hasta no ver aniquilado y arruinado conmigo el universo entero; que todo desaparezca conmigo. Es grato al que se ve perdido, arrastrar a otro en su perdición.

Nodriza. — Mira cuantas cosas arriesgas si te obstinas; nadie puede atacar impunemente al poderoso.

JASÓN. — LOS MISMOS

Jasón. — (*Aparte.*) ¡Oh destino siempre cruel! ¡Y siempre penosa suerte tan mala cuando se ensaña conmigo, como cuando me perdona! ¡Cuántas veces la divinidad ha encontrado para mí remedios peores que mis peligros; si hubiera yo querido conservarme fiel a mi esposa como era debido, habría tenido que exponer mi cabeza a la muerte; y, si no quería morir, me era necesario, desgraciado de mí, traicionar esta fidelidad. Y sin embargo, no ha sido el miedo el que ha vencido mi fidelidad, sino mi ternura alarmada, ya que la muerte de mis hijos hubiera seguido a la de su padre. Si habitas en el cielo ¡oh sagrada Justicia! tu divinidad invoco y a ella pongo por testigo: mis hijos han vencido a su padre e incluso estoy seguro de que su misma madre, a pesar de toda su fiera de alma, a pesar de su corazón rebelde a todo yugo, habría también preferido sus hijos a su himeneo. Mi corazón, pues, ha decidido ir en busca de mi esposa y con mis súplicas desarmar su cólera. Mas, justamente, hela aquí. Al verme, se ha exaltado, se ha enfurecido; toda ella respira odio y en su rostro se trasluce todo su rencor.

Medea. — Tengo que huir, Jasón; tengo que marcharme, no es nuevo para mí cambiar de morada; nueva es la causa de mi huida, hasta ahora fué por ti por quien tuve que huir. Me voy, me marchó, pero ya que me obligas a huir lejos de tus penates, ¿hacia qué otros me envías? ¿Me dirigirá al Fasis y la Cólquida y al reino paterno, a los campos regados con sangre de mi hermano? ¿A qué tierras me ordenas que me vaya? ¿Qué mares me señalan? ¿Los estrechos del Ponto por donde reconduje la noble banda de los príncipes, al seguir yo a mi seductor, a través de las Simplégadas? ¿Haré rumbo a la pequeña Iolcos o a la tesalia Tempé? Todos los caminos que abrí para ti, me los he cerrado para mí misma. ¿Dónde me envías, pues? ¿Ordenas el destierro a una desterrada, y no le dices a dónde la envías? Pero, en fin, hay que marcharse, es el yerno del rey quien lo ha ordenado. Acepto todo. Añade todavía los más terribles suplicios: los he merecido. Que el odio del rey abruma con sangrientas torturas a la rival de su hija; que cargue de cadenas mis manos, que me hunda y me encierre en la eterna noche de un calabozo; aún padeceré menos de lo que mis actos merecen. *Hombré desagradecido:* haz que tu mente recuerde los resoplidos llameantes del toro y el espanto que infundía aquella raza indómita, del rebaño flameante del Etes, surgido en el campo, de donde nació una tropa armada. Por último, las flechas lanzadas por esos enemigos repentinos, cuando por mi mandato esos hijos belicosos

de la tierra se lanzaron unos contra otros y se fueron exterminando. Suma aún a esto, los ansiados trofeos: el carnero de Frixos, el hecho de haber forzado al monstruo, siempre vigilante, a entregar sus ojos al sueño, desconocido por él; el asesinato de mi hermano y tantos crímenes cometidos en un solo crimen. Y la mentira con la cual engañé a aquellas hijas¹⁰, que a instigación mía, despedazaron los miembros de su anciano padre, con la vana esperanza de verlo resucitar. Buscando reinos ajenos sacrifiqué el mío: por los hijos que esperas, por tu hogar, desde ahora asegurado, por los monstruos que he vencido, por estas manos a las que nunca di paz, cuando de ti se trató; por tus peligros pasados, por el cielo y las aguas, testigos de mi himeneo, ten compasión de mí; y puesto que en el presente eres feliz, devuelve la dicha a quien a su vez te la suplica. De los famosos tesoros de que los escitas van a apoderarse a tierras lejanas y traen de los pueblos tostados de la India, y de los que nuestro palacio está tan lleno, demasiado lleno, que con dificultad puede albergar tantas riquezas, hasta el extremo de que ornamentamos con oro nuestros bosques, nada me llevé a mi destierro, sino los miembros de mi hermanos, y aun éstos, también los empleé para ti. A ti te he sacrificado mi patria y mi padre, mi hermano y mi pudor, esto fué la dote que te aporté al matrimonio. Devuelve a la desterrada sus bienes.

Jasón. — Cuando en su odio, Creonte quería hacerte perder, fueron mis lágrimas las que de él triunfaron y le movieron a concederte el destierro.

Medea. — Estaba en la creencia de que el exilio era una pena; pero por lo que veo, es un favor.

Jasón. — Mientras todavía se te permite, huye, aléjate de la cólera de los reyes, que es siempre temible.

Medea. — Al darme este consejo, a quien sirves es a Creusa: quieres librarla de una rival odiada.

Jasón. — ¿Medea me recriminas mis amores?

Medea. — Sí, y tus asesinatos y tus perfidias.

Jasón. — Pero, en fin de cuentas, ¿qué crimen puedes echarme en cara?

Medea. — Todos los que yo he cometido.

Jasón. — Sólo me faltaba eso, que me achacases tus propios crímenes.

Medea. — Sí, son tuyos, lo son, ya que quien se aprovecha de la maldad, es el autor de ella. Aun cuando todos acusen a tu esposa de infame, tú deberías ser el único en salir en su defensa; tú eres el más obligado a considerarla como inocente: sea para ti inocente quien sólo en tu interés se hizo culpable.

¹⁰ Las hijas de Pelias.

de haber sido impregnados e inficionados con poderes maléficos. Invoquemos a *Hécate*. Prepara, pues, un fúnebre sacrificio; levanta altares y que la llama crepitante resuene por toda la casa.

CORO

Coro.—No hay fuerza alguna tan grande, ni la de las llamas, ni la del viento huracanado, ni siquiera la de la flecha disparada, nada es tan temible, como la esposa repudiada, que celosa se consume y odia.

Menos violento es el nuboso Austro, cuando trae con él las ráfagas invernales; menos violento es el Istro, cuando se precipita torrencialmente y se desborda y se lleva los puentes y extiende sus aguas fuera de su cauce; menos violento es el Ródano, cuando empuja al mar profundo, o cuando el Hemo, hinchado al mediar la primavera por las nieves derretidas por el calor del sol, se precipita en torrentes.

Ciega es la pasión estimulada por el odio: no cuida de ser regulada, ni soporta freno, ni teme a la muerte; ardentemente ansía echarse sobre las espadas.

¡Gracia, oh dioses! Os pedimos vuestra clemencia, imploramos para que viva en paz el que sojuzgó el mar. Pero el soberano de las aguas está furioso porque su imperio, la segunda parte del universo, ha sido dominado.

El joven¹¹ que tuvo la audacia de dirigir el carro eterno y se olvidó de la meta que le señaló su padre, murió él mismo abrasado en las llamas que, enloquecido, sembró por el espacio.

Seguir los caminos trillados, es siempre lo menos peligroso: camina por donde tus predecesores anduvieron con seguridad y no violentes las sacrosantas leyes del universo.

Cuantos tocaron los famosos remos del audaz navio, todos aquellos que despojaron el Pelión de la sombra espesa de sus árboles sagrados; todos los que penetraron entre los flotantes escollos, después de haber desafiado todos los peligros del mar, amarraron su cable a la ribera bárbara, de la que habían de volver con el oro extranjero robado; todos expiaron con terrible fin la profanación de los derechos del Ponto.

El mar, provocado, vengó sus ofensas; Tifis, el primero que había domado las aguas, tuvo que abandonar el timón a un piloto inexperto, muriendo en ribera extranjera, lejos del reino paterno, y cubierto bajo una humilde sepultura, yace entre las sombras oscuras.

¹¹ Se refiere a Faetonte.

Desde entonces la *Aúlida*, en memoria del príncipe que perdió, retiene largamente en sus puertos los navíos que se queojan de tan largo estancamiento.

El famoso hijo de la musa de los cantos¹², cuyo plectro, al herir las cuerdas de la lira, arrancaba melodías que paraban los torrentes, hacían callar los vientos y atraían al ave arpada, que olvidó su propio canto; el mismo a quien seguía el bosque entero, quedó despedazado en las llanuras de Tracia y allí exánime su cuerpo, su cabeza, flotando sobre las aguas tristes del Hebro, arribó nuevamente a las orillas de la Estigia y del Tártaro que ya conocía de antes, pero de donde esta vez no tomaría.

Alcides tendió por tierra a sus pies a los hijos del Aquilón, y dió muerte al hijo multiforme de Neptuno¹³ él mismo después de haber pacificado la tierra y el mar; después de haber forzado el reino del feroz Plutón, se tendió vivo en la hoguera del Eta, y presentó a las llamas crueles su propio cuerpo, porque el veneno de una sangre híbrida¹⁴ le consumía, víctima del regalo de su esposa¹⁵.

Anceo fué derribado por el jabalí impetuoso y murió víctima de sus dentelladas; y tú, Meleagro, que inmolas impío a los hermanos de tu madre, morirás a manos de esta misma madre irritada. Todos lo merecieron (por su crimen). Pero, ¿qué crimen expió con su muerte el joven adolescente¹⁶, que el gran Hércules no pudo volver a encontrar; el adolescente arrebatado ¡oh desgracia! por la corriente de unas aguas que por tan seguras se tenían? ¡Id, ahora, héroes, y recorred los mares, cuando una sencilla fuente es tan peligrosa!

Idmon, aunque buen conocedor de los hados, fué enterrado por una serpiente en las arenas de Libia. Mopso, adivino verídico para los demás, y engañado para él mismo, murió lejos de Tebas. Si predijo el porvenir con verdad, el marido de Tetis andará vagando como fugitivo. Y Nauplio, funesto a los argivos, gracias a sus fuegos péfidos, será precipitado en el Océano y expiando las culpas paternas, Oileo¹⁷, morirá ahogado y fulminado por el rayo. Para rescatar el destino de su esposa¹⁸, el rey de Feres, su esposa tuvo que dar su vida por él.

Por último él mismo que ordenó que se le trajera como botín el vellón de oro, con ayuda de aquel primer navío, Pelias,

¹² Orfeo.

¹³ Periclmeno.

¹⁴ La sangre de la hidra mezclada con la del centauro Neso.

¹⁵ Devanira.

¹⁶ Hylas.

¹⁷ Oileo, hijo de Ajax, que había violado a Casandra.

¹⁸ Alcestes, esposa de Admeto, que tenía que morir, salvó la vida a su marido sacrificándose por él.

murió despedazado y abrasado en el agua de una caldera de cobre, puesta al fuego. ¡Oh dioses!, harta venganza habéis tomado de los que profanaron el mar: perdonad al que no hizo más que obedecer¹⁹.

LA NODRIZA

Nodriza.— Mi alma está espantada, llena de horror: una gran catástrofe es inminente. Cuanto más se acrecienta su inhumano furor, más se inflama ella misma y recobra su antigua violencia. Yo la he visto muchas veces en su delirio atacar a las mismas divinidades y atraer sobre ella al cielo. Pero, peor sí, peor es el monstruoso designio que madura Medea. Pues desde que corriendo de aquí para allá, con paso extraviado se lanzó fuera de aquí y llegó a su siniestro refugio, sacó a la luz todas sus riquezas, extendió ante sus ojos cosas que ella misma durante largo tiempo consideró con miedo, desplegó todo el aparato de sus maleficios, objetos misteriosos, secretos escondidos, y tocando con su mano izquierda el lúgubre altar, invocó todos los venenos, que engendran las arenas de la abrasadora Libia, todo aquello que aprisiona en sus nieves eternas el Tauro, envarado por los rígidos hielos boreales, así como todos los monstruos. Por sus mágicos encantamientos, atraída la raza de los escamosos reptiles, abandona sus escondrijos y viene a ella. Aparece una horrible serpiente, arrastrando su cuerpo inmenso, dardando su lengua trisulca, buscando a quien herir de muerte; pero al oír los encantamientos, permanece inmóvil, repliega su cuerpo hinchado y se enrosca en espirales. «Son, dice Medea, armas éstas demasiado flojas; flechas demasiado comunes, estos venenos que la tierra engendra en sus abismos. Pediré al cielo sus venenos; ya es tiempo, sí, ya es tiempo de hacer algo más grandioso que unos maleficios vulgares. Que baje aquella famosa serpiente que yace, semejante a un inmenso torrente, por cuyos enormes nudos se sienta la Gran Osa y la Pequeña (propicia la una a los pelasgos, y la otra a los sidonios); que el Serpentario aloje al fin sus prietas manos y le deje escupir su veneno; que a mis encantamientos se acerque Pitón, que se atrevió a atacar a las dos divinidades gemelas y la Hydra y todos sus reptiles, que el brazo de Hércules cortaba y que al matarlas renacían. Tú, también (Dragón), serpiente siempre vigilante, abandona la Cólquida y ven a asistirme; tú, a quien mis ensalmos adormecieron por vez primera.» Después de haber evocado a toda la raza de los repti-

¹⁹ Jasón.

les, juntó en un montón todas las hierbas de funestos venenos, las que nacen en las rocas inaccesibles del Erix, las que cría en sus montes cubiertos de eternas nieves el Cáucaso, bañado por la sangre de Prometeo; aquellas en cuyos jugos impregnan sus saetas los habitantes de la Arcadía feliz; los medas, hábiles con el arco y los veloces partos, o cuyas savias son recogidas bajo un cielo helado, por los valientes suevos en la selva Hercinia; las que produce la tierra en la primavera, llena de nidos; o cuando el rigor de las nieves ha despojado los bosques de su ornato, y ha apretado toda la naturaleza en sus nieves congeladas, toda planta cuyo tallo verde echa flores venenosas; esas o aquellas cuyas raíces machacadas destilan jugos nocivos, todas son manipuladas por sus manos. De estos funestos vegetales, que los unos vienen del Ato, los otros del Pindo, inmenso o de las cimas del Pangeo, la guadaña sangrienta arrasó su tierna cabellera. Otros fueron alimentados por el Tigris de profundo lecho; otros por el Danubio; otros también han crecido en los abrasadores países por donde discurre el Hidespes, entre cuyas tibias aguas ruedan preciosas piedras; o el Betis, que ha dado nombre a las tierras que riega y cuya línguida corriente bate los mares de Hesperia. Tal planta soportó la herida del hierro cuando Febo se apresta a dar nacimiento al día; los tallos de la otra fueron cortados en noche oscura; esta otra en cambio, fué cercenada por la uña encantada de la maga. Ella maneja estas hierbas mortíferas, exprime el veneno de los reptiles, mezclando aún a éstos los maleficios de siniestras aves²⁰ y el corazón del fatídico buho y las entrañas extraídas a una aulladora lechuza viva aún. Como diestra hacedora de maldades, dispone uno tras otro sus diversos ensalmos, que unos tienen la violencia y furia de las llamas, otros el frío del hielo, cuya fisura congela el cuerpo. Añade a estos venenos fórmulas mágicas, no menos espantables que ellas mismas. Resuenan sus pasos frenéticos y sus conjuros y sus sonos primeros hacen temblar el universo.

MEDEA. — LA NODRIZA

Medea.— Yo os conjuro a vosotras, muchedumbre de sombras silenciosas, y a vosotros también, dioses ferales, y a ti, ciego Caos, y a ti, sombría morada del tenebroso Plutón, y a vosotras, almas amarradas en las riberas del Tártaro, en el antro de la horrible Muerte: dejad vuestros suplicios y acudid a esta nueva boda, que la rueda que hace girar los miembros

²⁰ Las Arpías.

de Ixión se detenga y que pueda tocar tierra. Que Tántalo pueda beber a su placer en las aguas de Pirene, que el peñasco que se le resbala a Sísifo, vuelva por fin hacia atrás. Vosotras también, a quienes desilusiona el vano trabajo de vuestras urnas sin fondo, ¡oh Danaidas! venid todas; este día reclama vuestras manos. Que sólo el suegro de mi esposo se vea infligir un castigo peor.

Por ti, según el uso de nuestra raza, he desatado las ligaduras de mi cabellera y he recorrido con los pies desnudos las profundidades de los bosques misteriosos; he evocado la lluvia de las nubes secas, he hecho hendirse los mares hasta lo más profundo de sus abismos y al Océano, cuyas mareas he vencido, le he hecho retroceder con sus aguas bajo mi peso. El mismo cielo, perturbado en sus leyes, ha visto simultáneamente el sol y las estrellas y vosotras, Osas, habéis tocado el mar que os estaba prohibido. He hecho que se modifique el orden de las estaciones en pleno verano; la tierra se ha cubierto de flores merced a mis encantamientos; he obligado a Ceres a dar plena cosecha en el invierno; el Fasis impetuoso, ha hecho remontar sus aguas hasta su fuente y el Istro, de múltiples desembocaduras, conteniendo sus aguas amenazadoras, ha tenido que correr perezoso por todas sus orillas. Bramaron las olas y el mar embravecido se hinchó con furia, aunque el viento no soprase. Un antiguo bosque perdió la sombra que cubría su recinto y a mi voz imperiosa volvió la luz del día; Febo se paró en medio de su curso y las Hiades, desconcertadas por mis encantamientos vacilaron. Ha llegado el momento, ¡oh Febe!, de que asistas al sacrificio que he preparado en tu honor.

Para ti, mi mano ensangrentada trenza estas guirnaldas que anudan nueve serpientes.

Para ti, me apoderé de estos miembros del rebelde Fileo que conmovió el imperio de Júpiter.

He aquí la sangre de la pérfida montura que Neso me dió al expirar.

He aquí las cenizas recogidas en la hoguera del Oeta, que embebieron la sangre emponzoñada de Hércules.

Esta tea, que ves, es de Altea, hermana piadosa y madre impía, y con ella consumó su venganza.

He aquí las plumas que en su antro inaccesible dejó la Harpía al huir de Zetes.

Añade a ellas estas otras plumas de las Estinfálidas, heridas por las flechas mojadas en la sangre de la Hidra de Lerna.

Altaires, habéis resonado, y reconozco que mis trípodes han sido removidos por la diosa en señal de favor.

Veo el raudal carro de Hécate, no el que muestra radiante, cuando su faz está llena, sino aquel con que aparece triste

y lívida, cuando atormentada por los terribles conjuros tesálicos, recorre el cielo en una órbita más cercana a nosotros. Esparce así, de tu pálida antorcha, una siniestra luz a través de los aires; aterra a los pueblos con un terror desconocido y para (ayudar a tú libertad) ¡oh Dictina!²¹ hagan retumbar el precioso bronce de Corinto²².

En tu honor ofrezco en este césped ensangrentado un sacrificio ritual; para ti, una antorcha robada de una fúnebre pira, encendió estos fuegos nocturnos; por ti, moviendo mi cabeza y doblando mi cerviz, pronuncie las fórmulas sagradas; es en tu honor que, adornada como un cadáver, ciñe una cinta mis cabellos destrenzados; es por ti, por quien agito este lúgubre ramillete, traído de las aguas de la Estigia; es en tu honor, que descubriendo mi seno, como una Ménade, heriré mis brazos con el cuchillo sagrado. Corra mi sangre sobre estos altares: acostúmbrate, mano mía, a empuñar la espada y a poder soportar verter sangre que te sea querida: ya me herí; ya he vertido sangre sagrada. Si te quejas de que mis votos te evocan demasiado a menudo, perdóname, te lo ruego: el motivo por el que invoco tan a menudo tu arco ¡oh hija de Perseo! es siempre el mismo: siempre es Jasón. Tú ahora impregna las vestiduras de Creusa, para que en cuanto ella se las ponga, una llama serpenteante abrase sus entrañas. Un fuego secreto se esconda en este oro, brillante presente que me hizo aquel²³ (Prometeo) que explió el hurto hecho a los cielos, dando sus entrañas siempre renacientes al ave voraz y que él mismo me enseñó el artificio de mantener oculto el poder de su violencia. Tengo también recibido de Vulcano estos fuegos, cubiertos con una ligera capa de azufre y estos rayos de la eterna llama, que provienen del cuerpo de mi pariente Factonte²⁴. Pongo el fuego maléfico, que salió del cuerpo de la Quimera, y las llamas robadas de las fauces encendidas del Toro, mezcladas con la hiel de Medusa, retienen por mi voluntad, ocultas su virulencia. Añade a estos venenos tus estimulantes; conserva en mis regalos, oh Hécate, el germen de las ocultas llamas que engañen la vista, y soporten que se las toque, pero que su color penetre en el corazón y en las venas; que liquiden sus miembros, que sus huesos echen

²¹ Nombre con que se designa una de las encarnaciones de Diana.

²² Esto es un anacronismo, pues éste es un dato referente a la historia de Roma. En disculpa, si podemos hablar así del poeta, diremos que a estos anacronismos y otros cometidos por otros autores muy posteriores, no se les concedía en sus épocas la importancia que se les da actualmente: sin embargo, hemos de hacerlo constar.

²³ Robó el fuego del cielo para dar vida al hombre de barro que había formado.

²⁴ Factonte, hijo del Sol, de quien Medea era nieta.

humo y que la nueva desposada domine, con el fuego de su cabellera, el resplandor de las antorchas de su boda. ¡Ah! consigo lo que imploraba: tres veces la audaz Hécate ha ladrado; tres veces su antorcha fúncbre ha hecho brotar la llama sagrada. (A la nodriza.) Mis conjuros se han cumplido; trae aquí a mis hijos, por quienes haré llevar a la desposada estos preciosos regalos.

(La nodriza trae a los niños.)

LOS MISMOS. — LOS HIJOS DE MEDEA. — EL CORO

Medea. — Andad, andad, hijos míos, hijos de una madre desgraciada y ganaos con estos presentes y mil ruegos, a vuestra dueña y madrastra. Id, y volved pronto a casa, para que pueda yo disfrutar de vuestros últimos besos.

El Coro. — ¿Adónde esta cruenta Ménade se deja llevar por el impulso furioso de su cruel amor? ¿Qué maldad prepara su furor incontenible? Sus ojos extraviados se mueven rápidos por efecto de la cólera y agitando con arrogancia su cabeza con un movimiento de altivez, desafía al rey. ¿Quién la creería una exilada? Sus mejillas rojas y encendidas, se tornan pálidas y su semblante cambia de color de instante en instante, cual tigre a quien han quitado sus cachorros, enfurecida recorre los bosques del Ganges, Medea va de aquí para allá, sin saber dominar sus rencores ni sus amores. Ahora su odio y amor hacen causa común ¿qué sucederá? ¿Cuándo la fiera hija de la Cólquida llevará lejos de los campos de los pelasgos su presencia, y dejará libres de micdo a este reino y a sus reyes?

Ahora, Febo, lanza a toda brida tu carroza, sin que ninguna rienda la detenga y que la noche bienhechora esconda su claridad y que el Héspero, conductor de la noche, sumerja en las tinieblas este día tan temible.

UN MENSAJERO. — CORO. — LA NODRIZA

Mensajero. — Todo ha perecido: el reino ha sucumbido. La hija del rey y su padre han muerto juntos, reducidos a cenizas.

Coro. — ¿En qué eclada han caído?

Mensajero. — En la que de ordinario se dejan coger los reyes: en la de los regalos.

Coro. — Pero ¿qué engaño criminal podía estar oculto en ellos?

Mensajero. — Yo mismo estoy maravillado y a duras penas si puedo todavía, ahora que la desgracia está consumada, ercerlo posible.

Coro. — ¿Cómo se produjo la catástrofe?

Mensajero. — Un fuego voraz, como obedeciendo a una orden, se extendió con violencia por todas las habitaciones del palacio; ya se ha derrumbado todo el edificio y el miedo cunde por la ciudad.

Coro. — Que el agua extinga las llamas.

Mensajero. — Pues aún hay algo más de extraordinario en esta catástrofe; el agua aviva las llamas; y cuanto más se las quiere sofocar más violencia adquieren y aún se ceban en los obstáculos que se les oponen.

MEDEA. — NODRIZA. — LOS NIÑOS

Nodriza. — Encamínate presurosa lejos de la tierra de los pelópidas; Medea, y dirígete a toda prisa a cualquier otro país.

Medea. — ¿Alejarme yo de aquí? ¡Pero si aunque me hubiera ido, hubiera vuelto para presenciar esto! Estoy viendo un nuevo himeneo. ¿Por qué flaqueas, alma mía? Sigue tu feliz impulso: ¡Cuán poca cosa es esa parte de venganza que te regocija! ¡Amas todavía, insensata! Sí, te satisface que Jasón quede viudo. Busca algún otro modo insospechado de castigo y prepárate así a ser (digna de) ti misma: que para ti no haya nada sagrado; expulsa de ti todo pudor; es una venganza bien pequeña la que deja las manos puras. Cébate en tus propios rencores, y excita tu cólera que languidece, y haz que broten impetuosos del fondo de tu corazón, tus antiguos furros. Que todo cuanto hasta la fecha has consumado pase por piedada. Actúa y obra de suerte que todo el mundo sepa que insignificantes y vulgares eran los crímenes que cometí en interés ajeno. Mi rencor implacable no hizo más que ensayarse. ¿Qué podían osar de verdaderamente mi manos todavía novicias? ¿Qué se podía esperar de mis furros de juvenuelo? Ahora soy Medea; mi ingenio se ha acrecentado con los males; estoy contenta de haber cortado la cabeza de mi hermano; contenta de haber despedazado su cuerpo; de haber despojado a mi padre del tesoro sagrado que guardaba celosamente; contenta, de haber armado a unas hijas, para hacerlas que matasen a su anciano padre. Busca, dolor mío un objeto a mi resentimiento: cualquiera que sea el crimen, tu mano ya no será novicia; ¿dónde, oh cólera mía, te lanzas; o qué flecha quieres disparar contra mi pérfido enemigo? No sé lo que mi alma feroz ha decidido en sus secretas profundidades y no

se atreve aún a confesárselo a ella misma. ¡Necia de mí, que me he dado demasiada prisa! ¡Ojalá mi odioso esposo tuviera ya hijos de mi rival! Pero hazte la idea de que todos los que tienes de él, los echó al mundo Creusa. Me agrada este castigo, y me gusta con razón. Veo en esto el crimen supremo, al cual mi alma se prepara: hijos, antaño míos, expiad vosotros los crímenes de vuestro padre! ¡El honor hacer latir mi corazón, mis miembros se hielan, mi corazón se estremece! Mi cólera va cediendo, mi amor materno reaparece por entero, dando de lado a mis sentimientos de esposa. ¿Verter yo la sangre de mis propios hijos, de mi propia prole? Mejor será, oh mi furor demente, que este crimen jamás conocido, este crimen horrendo, esta maldad impía, se aleje de mí. ¿Qué culpa tienen que expiar ellos, desgraciados? El crimen, ya que hay uno, es el de tener a Jasón por padre, y el crimen peor aún, el de tener a Medea por madre: ¡Que mueran, no son míos, que mueran: son míos! Están exentos de toda culpa, de todo delito, son inocentes: lo confieso; pero también lo era mi hermano. ¿Por qué vacilas, alma mía? ¿Por qué bañan las lágrimas mi semblante? ¿Por qué me dejo arrastrar por impulsos contradictorios, tan pronto de odio como de amor? Una confusa marejada de afectos me sume en la incertidumbre. Como los contrarios vientos que luchan entre sí, baten las olas en opuestas direcciones y el piélago hierve dudoso, así mi corazón fluctúa. Mi odio expulsa mi amor; mi amor rechaza mi odio. ¡Cede al amor, o a mi resentimiento! ¡Venid aquí, oh mi querida prole, único consuelo de mi abatida casa; venid aquí, y abrazadme estrechándoos contra mi seno! ¡Que vuestro padre os posea idemnes, con tal de que vuestra madre os posea lo mismo! ¡Pero a mí me espera el destierro y la huida! ¿No van a quitármelos en seguida? ¿No van a arrancármelos de entre mis brazos, entre llantos y gemidos? ¡Pues ya que te destierran, sean perdidos también para su padre si lo son para su madre!

De nuevo resurge mi resentimiento y se encrespa mi odio. La Erinia antigua estimula, bien a mi pesar, mi brazo. Odio, llévame donde te plazca: te sigo. ¿Por qué no habrá nacido de mis entrañas la numerosa prole de la orgullosa Tantálida y por qué no habrá puesto catorce hijos en el mundo? He sido demasiado estéril para mi venganza: no he dado al mundo más que dos hijos y esto basta por lo menos para mi hermano y para mi padre.

Pero ¿adónde esta amenazadora tropa de Furias corro? ¿Qué busca, o contra quién preparan sus flechas de llamas? ¿Contra quién su infernal cohorte levanta la amenaza de sus antorchas ensangrentadas? Inmensos reptiles se retuercen y silban agitados a guisa de látigos. ¿A quién apunta Megera con

su terrible tea? ¿Qué sombra dudosa es esta que se adelanta arrastrando sus miembros destrozados? Es mi hermano, pide venganza. Te la he de dar, pero totalmente. ¡Clava, tus antorchas en mis ojos, destrózame, consúmeme; mi seno se ofrece, como blanco a las Furias! ¡Apártate, hermano, puedes decir a las diosas de la venganza que me suelten, que vuelvan tranquilas a las profundidades de los infiernos, déjame a mí misma, sirvete, hermano mío, de la mano que sostuvo la espada! He aquí la víctima, con la que voy a apaciguar tus males. *(Mata a uno de sus hijos.)* ¿Qué me anuncia este súbito tumulto? ¡Corren a las armas! ¡Me buscan para matarme! Voy a subir al elevado tejado de mi casa, ahora que mi crimen está consumado. *(A la nodriza.)* Ven conmigo. Vamos, actúa, alma mía: ya no se trata de gastar tu poder misteriosamente: muestra a este pueblo la fuerza de tu mano.

JASÓN. — SOLDADOS. — LOS MISMOS

(Mientras que Jasón llega con soldados y los exhorta, Medea, arrastrando con ella a su segundo hijo, sube con la nodriza al tejado.)

Jasón. — Que todos mis súbditos leales, sumidos en la aflicción por la desgracia de sus reyes, vengan aquí corriendo, a fin de que podamos apoderarnos de la culpable de este horrible crimen. Por aquí, por aquí, valiente cohorte de soldados, lanzad todas vuestras flechas, y destruid enteramente su casa.

Medea. — *(Desde el tejado de su casa.)* Desde ahora he vuelto a recobrar mi ceiro, mi hermano, mi padre y el vellocino de oro, están en poder de los Colcos. ¡He vuelto a encontrar la patria y la virginidad que tú me has arrebatado! ¡Oh divinidades, al fin propicias! ¡Oh día de fiesta! ¡Oh día de esponsales! Vete: el crimen está consumado. La venganza no lo está todavía: continuará mientras tus manos estén todavía ardientes. ¿Por qué titubeas ahora, alma mía? ¿Por qué dudas cuando puedes actuar? Ya mi cólera ha cedido. ¡Me arrepiento de mi acto, tengo vergüenza! Misera, ¿qué he hecho? ¡Miserable! Me arrepiento en vano de lo hecho; una intensa voluptuosidad me penetra, a pesar mío y he aquí, que se acrecienta. No me faltaba más para terminar, que tu presencia. Pienso que no es nada lo que hice. Hasta ahora todos los crímenes que he cometido sin que tú los vieses fueron pura pérdida.

Jasón. — *(A los soldados.)* Hela aquí, en persona; está en el tejado y se inclina; que alguien traiga rápidamente fuego, a fin de que caiga consumida por las llamas que ha encendido.

Medea. — (A *Jasón.*) Prepara, ¡oh *Jasón!*, esos supremos honores de la hoguera para tus propios hijos y levanta su túmulo funerarío; tu esposa y tu suegro han recibido ya las exequias debidas a los difuntos; fui yo quien los sepulté. Ese hijo que ves ahí, ha sufrido ya la muerte; a este otro, voy a matarlo lo mismo ante tu vista.

Jasón. — (A *Medea.*) Por todas las divinidades, por nuestra huida común, por ese himeneo, que no fué roto por mi infidelidad; perdona ahora a mi hijo. Si ha habido un criminal soy yo; puedes hacerme parecer, consiento en ello, inmola mi cabeza culpable.

Medea. — Precisamente es en el sitio que más te duele, en el punto en que no quisieras ser tocado, ahí será donde clavaré mi espada. Ve, ahora, hombre orgulloso: ve en busca del lecho de las doncellas; abandona a las que ya son madres por obra tuya.

Jasón. — Una sola víctima basta para mi castigo.

Medea. — Si una muerte única pudiera bastar a mi venganza, mi brazo no hubiera cometido ninguna: aun matando a dos, resulta demasiado poco para mi resentimiento. Es más, si alguna prenda (de nuestros amores) se esconde aún en mis entrañas de madre, los escrudiñaré con una espada y las sacaré en su punta.

Jasón. — Termina, pues, tu crimen empezado; no te imploro más; ahórrame al menos el suplicio angustioso de la espera.

Medea. — Goza, rencor doloroso, con lentitud de tu crimen; no te apresures, ha llegado mi día, y me aprovecharé del tiempo que se me ha concedido.

Jasón. — ¡Odiosa mujer, mátame!

Medea. — Me pides que tenga piedad. (*Mata al segundo hijo.*) Está bien, ¡ya está consumado! Yo no tenía, venganza mía, nada más que sacrificarte. Alza tus ojos preñados de lágrimas, ingrato *Jasón.* ¿Reconoces a tu esposa? (*Medea se ha transfigurado. Un carro alado descende de las nubes y ella se dispone a huir por las nubes.*) Así acostumbro yo a huir. Se me ha abierto un camino hacia el cielo; estas dos serpientes unidas al yugo, me presentan su escamoso cuello. Ten, padre, recibe ahora a tus hijos. (*Le arroja los cadáveres de los hijos.*) En cuanto a mí, voy a ser transportada por las nubes en este carro alado. (*Sube con su nodriza en el carro y desaparece por los aires.*)

Jasón. — ¡Vuela a través de las altas regiones del cielo, para que puedas atestiguar que no hay dioses en el espacio por donde te elevas!

FEDRA